



*Colección Académica de
Ciencias Sociales*

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



POSCONFLICTO Y EL RETORNO A LO COMUNITARIO

María Fernanda Gil

Licenciada en Trabajo Social. Universidad del Valle Colombia. Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad Javeriana Colombia. Docente de la Universidad Santiago de Cali Colombia y Miembro del grupo de investigación Humanidades y Universidad, clasificado ante Colciencias. Último libro: Tres Trazos éticos, políticos y de la vida. Editorial Académica Española, 2016.



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

POSCONFLICTO Y EL RETORNO A LO COMUNITARIO

RESUMEN

El presente ejercicio reflexivo y crítico es expresión del proyecto de investigación que se viene adelantando: Enfoque pedagógico del desarrollo humano para la ciudadanía crítica-activa y la no-violencia en las organizaciones comunitarias de zona de ladera, de la ciudad de Santiago de Cali, el cual busca tejer desde un diálogo con los diversos saberes comunitarios, una propuesta pedagógica que acompañe a fundamentar ética y políticamente gobernabilidades que desde el desarrollo humano tenga como preocupación la dignificación de la vida.

En este orden de ideas se planteará como el desarrollo humano lleva a pensarse el concepto de necesidad más allá de la carencia, en el momento que invita a realizar un retorno a los procesos de autonomía y subjetividad con la comunidades, mirando como la pedagogía crítica a través de la palabra acto, se constituye en una de las operadoras de tal ejercicio, que pasa por hacerla de la palabra, actos de coherencia con lo que acontece en los ámbitos cotidianos, donde las lógicas son el construir comunidades de abajo hacia arriba y no a la inversa.

Por ello dicho ejercicio del desarrollo humano

que rescate las autonomías comunitarias con el acompañamiento de lo pedagógico, puestas de cara al momento del proceso de paz y particularmente al posconflicto hace un llamado del retorno a lo comunitario, como aquellos procesos singulares de tejer propuestas venidas de lo cotidiano, de lo local, que generadas desde lógicas del sentir, restituyan comunidades constructoras de sus propios destinos, donde no tengan cabida lógicas racionales que sólo miden el impacto del avance tecnológico científico, donde se olvida el sentido de tener una existencia en libertad y convivencia mutua de lo humano con la naturaleza, lo cual quizás obligue a deconstruir formas de pensar donde la palabra este en coherencia con lo que se dice y de hace.

Palabras clave: Desarrollo humano, cuestión social, pedagogía, comunidad, necesidad.

INTRODUCCIÓN

El conflicto armado que ha acompañado desde la década de los años 50's al territorio colombiano, golpeando inicialmente al sector rural con mayor fuerza, a partir de la década de los años 80's se toma las ciudades con la práctica de formas de violencias,

María Fernanda Gilo

Licenciada en Trabajo Social. Universidad del Valle Colombia. Magíster en Ciencias Políticas de la Universidad Javeriana Colombia. Docente de la Universidad Santiago de Cali Colombia y Miembro del grupo de investigación Humanidades y Universidad, clasificado ante Colciencias. Último libro: Tres Trazos éticos, políticos y de la vida. Editorial Académica Española, 2016.



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

que configuran un escenario social donde se pone en juego no sólo las formas de gobernabilidad democráticas, sino el propio sentido de la existencia humana y no humana, ya que la intensidad alcanzada por las violencias, de un lado han sumido, como lo planteará Daniel Pécaut(1997), en una banalización de la violencia, y de otro lado a hecho que el tejido social o mejor la organización comunitaria haya sufrido una fragilidad de su voluntad organizativa, la cual ha sido desplazada por la fuerza del miedo, operando como un arma más que material, como arma subjetiva, en los escenarios cotidianos desde los cuales se teje lo que se podría llamar comunidad.

Es en dicho contexto de conflicto violento, que el desarrollo humano es uno de los aspectos llamados a repensarse de cara al reto de un futuro posconflicto, que abra espacios de diálogo con la diferencias, pero de restitución de escenarios comunitarios que rescaten formas de gobernabilidades donde la gente de a pie tenga la oportunidad de construir sus propias iniciativas en las que primen los intereses y necesidades colectivas.

En este orden de ideas se hace interesante repensarse el desarrollo humano más allá de la necesidad como carencia, del primado de lo exclusivamente tecnológico-científico, de la mirada racional antropocéntrica del hombre, y ubicarse en el reto de mirarlo en la relación de coexistencia de lo humano y no humano, en la cual la comunidad es aquel posible ético y de la política de la gente de a pie, y donde el posconflicto encontraría uno de sus mayores retos: saber retorna a lo comunitario como algo vivo.

La presente reflexión es producto del proyecto de

investigación: Enfoque pedagógico del desarrollo humano para la ciudadanía crítica-activa y la no-violencia en las organizaciones comunitarias de zona de ladera, de la ciudad de Santiago de Cali, que en su etapa de exploración documental se encuentra reflexionando sobre los conceptos de desarrollo humano y pedagogía crítica.

Por esa razón, se busca reflexionar críticamente alrededor del concepto de desarrollo humano, específicamente sobre el enfoque a escala humana, que tiene como uno de sus pioneros a Max Neef (1998), asimismo hacerlo en relación con la cuestión social, desde tres aspectos: primero la relación autonomía – subjetividad; segundo, la pedagogía crítica fundamentada desde los saberes comunitarios invisibles, y tercero, el retornar la restitución del tejido comunitario en el posconflicto a gobernabilidades autogestionarias preocupadas por un cuidado de la palabra como constructora de espacios locales, defensores de la autonomía –en términos del enfoque de desarrollo humano, la autodeterminación-, todo lo anterior con la intención de hacer una lectura alternativa del enfoque desde la vida.

El abordar la cuestión social en cuanto al debate del desarrollo humano es comprender su aparición en el contexto de las luchas sociales de las revoluciones burguesas de mediados del siglo XIX, que trenzadas en disputas por dar respuestas a la promesa de la modernidad: la libertad; la “nueva sociedad capitalista”, lo hace acompañada con su mayor contradictor, aquel trabajador que al reclamar su derecho al trabajo y dirigirlo a aquellas instancias



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

jurídicas –el derecho social- se sintió engañado por aquella república, que paradójicamente ayudó a conformar y consolidar, pero que al momento de hacer realidad la promesa de libertad dio el giro hacia el capital, dejando al trabajador, es decir, a la clase obrera, al libre albedrío del mercado; ello como bien lo analiza Donzelot (2007, p.37), gracias a la fractura del derecho, donde el imaginario político no correspondió a las condiciones y exigencias de la nueva realidad social. En otras palabras, aquella modernidad que en cabeza de una democracia representativa no escuchó los derechos y reivindicaciones de la gran mayoría de la población, por tener unas condiciones humanas de vida dignas y por el contrario las arrojó al sufrimiento y a las arbitrariedades del capital, bajo la soberanía de un Estado que, en lo jurídico, formalizaba todo pero no era nada.

Dicha fractura jurídica dejó desencanto y temor, no solo por las promesas incumplidas hacia la libertad y la fraternidad, sino por crear un vacío social, que al momento de responder a las exigencias de las organizaciones sociales con la fuerza y la amenaza, prohíbe hasta el simple derecho de organización y reunión, configurándose así una democracia profundamente representativa y legal, pero sin palabras ni voces que pudieran darle vitalidad, vigencia y legitimidad en las calles, en las plazas donde circula la vida de la gente de a pie, reducida a la retórica del orden burgués, configurándose una democracia moderna fundamentada en un tejido social fragmentado, fragilizado y con temor a vivir la experiencia de constituir espacios propios de discusión y debate, componentes básicos de cualquier

tipo de democracia que se diga participativa.

Aquella promesa incumplida y aquel vacío social de la modernidad hoy en día están vigentes, y al momento de ponerlos en relación con el análisis del desarrollo a escala humana, en el contexto del orden neoliberal, se hace necesario emprender el camino de “vuelta” a los procesos y escenarios comunitarios micros, o mejor, minoritarios, que tejidos desde lógicas y dinámicas experienciales de abajo hacia arriba, restituyan la importancia de las prácticas de saberes con la gente y con las organizaciones comunitarias que ponen como centro de preocupación formas de vivir la vida donde la palabra tenga potencia para hacer de la democracia una forma de ser, invitando así a mirar la singularidad de la cuestión social, de tal manera que pueda evidenciar no solo cómo el capital se agencia desde lo reticular, sino que se logre dar fuerzas a aquellas formas de vivir y hacer comunidad desde la creatividad libertaria.

Es en ese punto de encuentro con lo reticular y/o lo singular de la vida, que el desarrollo a escala humana se ofrece como alternativa para abordar aquellas promesas incumplidas por la modernidad y aquellos vacíos sociales aún presentes en los escenarios comunitarios de toma de decisiones. Si se mira el enfoque del desarrollo a escala humana desde lo singular, lo que asoma es la inquietud de ser una propuesta pensada desde la relación armoniosa entre lo humano-la naturaleza- la tecnología, aspectos que llevan a mirar ese retorno a la vida, como aquel mínimo- máximo hacia la relación existencial entre lo humano y lo no humano.



Pensar entonces el desarrollo a escala humana en el contexto de la vida, es permitirse la reflexión del concepto de necesidades humanas, más allá de lo exclusivamente material, de lo evidente a los ojos de las macroteorías, de las carencias, sobre las que cabalgan, de manera determinista, las lógicas macroeconómicas, que acompañadas de sus indicadores de necesidades básicas insatisfechas instalan formas de vivir, no desde la abundancia sino desde los mínimos de sobrevivencia -es aquella misma población que, en el siglo XIX, al reclamar su derecho al trabajo se le sometió a largas jornadas por un salario exclusivamente diseñado para sobrevivir con él, con la diferencia que en nuestro presente se le construyen teorías sobre pobreza, extrema pobreza o sectores vulnerables-, de aquí que el enfoque proponga la categoría existencial del ser, que junto a las categorías axiológicas como la libertad, el afecto, la solidaridad, el ocio, la participación, entre otras, definen las necesidades humanas bajo la tensión entre carencia y potencialidad, cobrando esta última una fuerza vital para la construcción de comunidades autodeterminadas.

Las necesidades revelan, de la manera más apremiante, el ser de las personas, ya que aquél se hace palpable a través de éstas en su doble condición existencial: como carencia y como potencialidad. Comprendidas en un amplio sentido, y no limitadas a la mera subsistencia, las necesidades patentizan la tensión constante entre carencia y potencia, tan propia de los seres humanos. (Neef, 1998, p. 49)

Por consiguiente, es en dicha tensión donde pervive

y le permite al enfoque retornar a la vida, pero desde el pensamiento, es decir, hablar de la vida es ubicarse antes que en carencias en lo propio, en ser potencia, en devenir muchos, luego el ser humano es expresión de vida, constitutiva del viaje de vivir, o sea es tener la experiencia de construir formas y maneras de vivir que dignifiquen la condición humana, con el requisito de que se realice en una relación de coexistencia con lo no humano, donde los objetos no son el fin de la existencia, sino aquellos instrumentos o artefactos prestos a servir para la potencialización de aquellas formas de vida.

Es en dicho contexto vital donde aquella categoría del ser deviene en la posibilidad permanente de hacer de las condiciones, límites de vivir la vida, actos creativos en los cuales no existen las individualidades sino los devenires colectivos. Por ello Negri (2004,p.169) en el texto *La multitud*, invita a pensarse la pobreza, no desde la carencia misma sino desde aquellas construcciones y expresiones de creatividad, alertando sobre como las lógicas del imperio ya las ha reubicado en racionalidades instrumentales del consumismo; de igual forma, el mismo Carlos Marx (1975, p.85) en *Los Grundrisse*, hace un llamado de atención sobre como las necesidades son aquellas relaciones de dependencia creadas y establecidas frente a las cosas, y en donde las relaciones de poder hacen que lo vivo se sujete a las cosas, que le entregue de manera "mágica", bajo un contrato, toda aquella fuerza vital, o irreversible y creativa que tiene el acto de vivir, por esa razón las necesidades humanas, antes de ser comprendidas, como los



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

determinantes o los determinismos, son ante todo condicionamientos de dependencias artificiales, inducidas y provocadas por el capital, que como relaciones no son absolutas ni inmutables, sino solo una forma de pensarse la manera de vivir la vida.

La fuerza de potencialidad que guarda la vida, y la artificialidad de las necesidades humanas, hacen que el aspecto subjetivo emerja como elemento agenciador de formas de vivir y constructor de relaciones con el entorno, donde lo vivo y en especial el trabajo vivo sea generador de recursos no convencionales, donde la economía pierde su carácter de protagonista determinante de las propuestas comunitarias, y en consecuencia obliga a mirar saberes prácticos que retoman a las diferencias, las heterogeneidades de los mundos cotidianos, antes que a racionalidades fijas y universales en las propuestas con la gente.

La autonomía y la subjetividad como vectores de autogestión comunitaria

La autonomía se constituye, más que en un elemento del enfoque, en un reto del mismo, gracias a que de un lado invierte la lógica de trabajo con las comunidades: de arriba hacia abajo, donde se alojan saberes únicos, instrumentales y consumistas, por lógicas de abajo hacia arriba, donde hay que ir a buscar, hay que dialogar con aquellos que han sido y son objeto de invisibilización, es decir, los invisibles, o mejor los invisibilizados por lógicas neoliberales que de manera paradójica retornan a ellos para apropiarse de su

creatividad con teorías como el capital social, donde se pretende apropiarse de los afectos postulando trabajos comunitarios basados en prácticas cotidianas y valores de reciprocidad y confianza, colocándole un valor a los mismos. De otro lado, dichas lógicas desde abajo, son posibles si se apoyan en la promoción de los trabajos mancomunados de autodependencia, constitutivos de las autonomías locales.

Se precisa una planificación global para las autonomías locales, capaz de movilizar a los grupos y comunidades ya organizados, a fin de que puedan transmutar sus estrategias de supervivencia en opciones de vida, y sus opciones de vida en proyectos políticos y sociales orgánicamente articulados a lo largo del espacio nacional. (Neef, 1998, p. 89)

En otras palabras, la autonomía se ubica en relación con posibilidades de formas de vivir la vida, y al reconocimiento de la diversidad de proyectos comunitarios, que al apuntar hacia la autonomía hagan realidad la autodependencia en las iniciativas locales, por consiguiente, la autonomía está en relación directa con las subjetividades en tanto estas nos enseñan las formas como se viven, o se padecen las necesidades humanas. Pero al avanzar sobre la relación subjetividad y autonomía, ella se asoma como actitud ética de retornar a sí mismo, es un retorno no desde el afuera, sino desde el adentro, que no encuentra fondo, sino que vive los límites de las condiciones de vida.

Cuando se hace referencia al retorno a sí mismo, no es ir en búsqueda de esencias, de identidades o de orígenes, sino el disponerse a tomar el viaje de las



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

experiencias del fondo de lo posible, requiriéndose para ello el coraje ético de arrojarse a romper los condicionamientos dados por la materialidad de la razón instrumental, donde el sentido de la existencia es dado desde las cosas, y no desde sentir la vida como procesos de coexistir junto y/o con las diferentes formas de vivir, en otras palabras es comprender que para dar un viaje de vuelta a sí mismo se debe asumir la actitud de ser expresión de vida y no la vida misma, siendo uno de los actos del coraje el deconstruir aquella mirada antropocéntrica del hombre como centro de la existencia.

Es por ello que el primer acto de coraje presente en el enfoque es atreverse a llevar a cabo una filosofía del desarrollo, donde se piensa el desarrollo más allá de las lógicas mecanicistas y neutrales, dadas por los análisis económicos neutrales de la problematización sobre las condiciones humanas de vida, de espaldas a los sentires de las subjetividades que al ser afectadas por los sufrimientos de la dureza de dichas condiciones se arrojan a la lucha por la supervivencia para mostrar paradójicamente salidas a la mismas. Es precisamente este atreverse a pensar el desarrollo, en el sentido que el ser humano entabla una relación de interdependencia con la naturaleza, que se deconstruye el pensamiento antropocéntrico, el segundo acto de coraje es el otorgarle a la voluntad un papel importante en el camino de construir acciones políticas para poder vivir junto a la diferencia, es una voluntad que requiere del ejercicio de comprenderse consigo misma, al momento de poner en práctica saberes para ser coherente en aquellos espacios cotidianos,

que en últimas son los que definen el carácter y las decisiones constructoras de los destinos; el tercer coraje es el restituir la filosofía anarquista, más allá de la interpretación vulgar con la que se la ha querido acallar, reivindicando de ella su reflexión en torno a la manera como los poderes de dominio, de control, acaban con la creatividad, con las críticas y con las ganas de vivir la vida de manera autónoma y en diálogo con la naturaleza, en la cual lo humano no es el centro, sino un elemento más de su universo.

Comprender el ser autónomo, en dicho contexto de corajes, es emprender el viaje de retorno a lo cotidiano para ir en búsqueda de lo singular, que es lo propio, ese propio que solo se provoca al momento de emprender la experiencia comunitaria de sentirse, de disponerse, el ser muchos, el ser multitud, para que emerjan aquellas relaciones creativas de lo posible, en las cuales el individuo se siente potencia y busca aquellos escenarios que fortalecen su voluntad vital de vivir, llevando a tejer comunidad desde los escenarios vitales que otorga la coherencia, pero que invitan a conversar con el otro, con los otros, como posibles de autodeterminarse, apareciendo la palabra como un elemento importante, en aquello que el enfoque analiza como la comunicación y la participación.

La participación existe y se da en escenarios donde la palabra sea acto, es decir, en los que la palabra logre ser presente y actualidad en los acontecimientos comunitarios que ponen en debate las decisiones del destino colectivo, que a su vez ponen en juego la forma y manera de vivir la vida en coexistencia



con la diferencia, es ahí donde la autoderminación se comprende como el ejercicio de ponerse en el lugar del otro para rescatar la coexistencia, de ser autogestionarios de los procesos generados en la comunidad, ello implica el luchar por ser coherente en la relación con lo que se piensa y lo que se hace, es saber darse una gobernabilidad cuyo interés no sea el control social o el control sobre la vida, sino la comprensión de la manera de vitalizar las formas de convivir con el otro, los otros y los muchos.

Este contexto ético de la palabra en el retorno al sí mismo, donde circula la autonomía, hace que ella sea comprendida más que como una axiología, en una experiencia de hacerse autónomo, en la medida en que sabe ser coherente, sabe ser una transformación vitalmente creativa de gobernabilidades tejidas desde lo cotidiano, desde el trato horizontal y espontáneo con la gente, que requiere restaurar en el ámbito comunitario una pedagogía que acompañe a liberar a la libertad del atrapamiento formal en que la ha tenido la modernidad.

La pedagogía como constructora de coherencia

Cuando se sitúa el ejercicio de la participación en la provocación de retornar a sí mismo, en el acto mismo de ser autónomo, la palabra se hace un elemento edificador del tipo de participación y, por ende, de las decisiones por tejer procesos autogestionarios, en tanto en un primer momento invita al retorno de lo singular.

Dicha palabra, entonces, debe cumplir dos aspectos: de un lado ser actual, es decir, permitir el ser

expresión de coexistencia, de ser pluralidad; por el otro, el de ser acción misma, el ser al momento de su pronunciamiento, el permitirse estar de frente a las situaciones o las problemáticas de las cuales se está hablando, sobre las cuales se está decidiendo, ello hace que la palabra no sea objeto de retórica, sino el ejercicio permanente de arriesgarse a ser lo que se piensa y se dice, alejados de las maniobras y simulacros propios de los controles sociales, para hacer de la palabra un acto del proceso ético y de la política, de tomar decisiones que pasen por el ejercicio de la sinceridad, que como bien lo dijera Foucault (2009), no es otra cosa que la parresía, es decir, los actos que tienen el coraje de mostrarse en los escenarios comunitarios de manera espontánea y dispuestos a visibilizar su opinión de cara a la constitución de formas de vivir juntos y de cara a la multiplicidad de formas de vida y en coherencia con la coexistencia.

Por tanto la parresía, en los escenarios comunitarios de la participación, debe ser entendida antes que como actos discursivos de elocuencia veraz, como actos preocupados por seducir hacia el cuidado de sí mismo, entonces surge la inquietud: ¿Qué se cuidaría, en última instancia, en el enfoque del desarrollo a escala humana? Se cuidaría el saber ser coherente, que no es otra cosa que sentir que el ser comunitario es la posibilidad de vivir un territorio de saberes en la pluralidad de los mismos, en donde conjunta o paralelamente existe un ejercicio de poderes, de deseos, de intereses, que permanentemente circulan por los saberes comunitarios, pero que al momento de ser sometidos a la coherencia de lo comunitario



Colección Académica de
Ciencias Sociales

ISSN -e: 2422-0477

Vol. 3 No. 2

Suplemento (2016)



SECCIONAL PALMIRA

devienen en saberes sinceros consigo mismo y con los demás. En otras palabras, es saber pensar, es saber decir en relación con lo que se pensó, es saber hacer en relación con lo que se dijo, para así tejer la pluralidad de las palabras y las acciones en su posibilidad de ser autogestionarias.

En el ámbito pedagógico, el saber ser coherente lleva a plantear la inquietud por la conversación; la cual, al abrir el diálogo a los muchos, ponerlos en un cara a cara y recordarles aquella figura de la polis griega, donde el ágora era el encuentro de las palabras que tenían como reto el hacer pervivir una democracia directa, que bajo el cuidado de la palabra se preocupaba de las conductas edificadoras del gobierno de sí y de los demás, los hace devenir en muchos donde la preocupación no son las definiciones, sino el disponerse a entrar en el proceso de construir espacios cotidianos marcados por formas de vivir democráticamente y en relación con lo diferente.

En otras palabras, el ejercicio de la palabra en el acto nos lleva a retornar a un permanente ejercicio del pensamiento como acto vivo de lo que ha sucedido, y de lo que sucede, permitiéndose el pensarse, el ser autónomos como algo que se teje al momento de ser vivido, o mejor, tener la experiencia de desear ser autónomo en la convivencia de la comunidad. Es aquí precisamente donde la pedagogía deja de ser didáctica, deja de ser conocimiento avalado por la ciencia, deja de ser modelo, para entrar en el camino de ser la seductora, la provocadora de despertar pensamientos comprometidos con los acontecimientos padecidos por las comunidades,

pero que a la vez, y junto a la pregunta sobre las formas de vivir, restauran la utopía como el horizonte de atreverse a pensarse y a hacer un mundo diferente al que se vive o se impone.

En este punto del pensarse, se hace necesario recobrar aquellos saberes comunitarios que no tienen la pretensión de ser reconocidos por la ciencia, sino que buscan la intensidad de hacerse parte de la abundancia que pervive en la naturaleza y que solo emerge en el momento de actuar como parte de ella y no como centro de la misma. Aquí el retorno a los saberes ancestrales indígenas es importante, no para convertirlos en únicos, sino para comprender que la naturaleza es abundancia, al momento de sentirse parte de ella, de caminar junto a ella y de crear con ella.

Entonces se requiere una pedagogía vivencial, preocupada por el cuidado de la palabra acto, que desde los ejercicios de la sinceridad se piense en comunidades minoritarias, es decir, comunidades no pretenciosas de ser el centro de la existencia, sino arrojadas a vivir el viaje de saberse parte de la vida y por tanto coherentes en sus existencias, siendo el sentido ético y de la política de la palabra el saber hacer ejercicios de autonomía, donde se converse con aquellos invisibles, para vitalizar saberes que como acción tienden hacia la transformación de las condiciones humanas de vida, haciendo un proceso de formación en el momento en que se vive el viaje de ponerse de frente a lo que acontece, para dejar de ser lo que las condiciones humanas de vida han hecho, y empezar a devenir procesos de mundos posibles y vitales de la existencia propia.



Tejiendo puntos de gobiernos comunitarios

Hasta aquí, de cara a lo que se ha dado en llamar posconflicto, que mejor sería llamar restauración de comunidades para la vida, y mirando la reflexión hecha con el enfoque del desarrollo a escala humana, se requiere asumir y tener los siguientes corajes éticos y de la política:

1. Tejer comunidades para la vida y no para la muerte; es emprender el camino de abordar la comunidad en un presente de incertidumbres, donde lo vivo emerge para confrontar miradas que hacen de la comunidad el ejercicio racional de un pacto político administrativo que delimita áreas geográficas, o puntos étnicos culturales, o territorios de apropiación sobre los cuales construir aquel lugar seguro y acogedor, creador de identidad.

Es mirar las comunidades, no como aquel lugar tranquilo y de seguridades, sino comprenderlas desde las incertidumbres, es entenderlas como la pluralidad, la diferencia, que ancladas en las subjetivaciones se asoman a vivir el riesgo de un afuera controlador, de un afuera de poderes duros, para retornar pedagógicamente a la restauración del pensamiento vivo, el cual estratégicamente sepa desplazar formas de vivir aferradas en pasiones tristes como el rencor, la venganza, el odio, por pasiones alegres, como el amor, el gozo, que sin olvidar las víctimas sepan mantener las propuestas sociales y políticas por las que ellos murieron.

De ahí que crear comunidades para la vida requiere la restitución de escuchar su propuesta de orientar

sus propios destinos, de edificar formas de vivir en contacto con la naturaleza y en comprensión con los biorritmos de las fuerzas terrígenas del plantea, para desde ahí definir formas de trabajo que busquen el bienestar para todos y no la productividad para pocos.

2. Tejer una política para la vida; comprendidas las gobernabilidades comunitarias constituidas desde la autonomía, que buscan hacer de la democracia una forma de vivir desde lo cotidiano, lo cual implica deconstruir aquel estilo de democracia representativa, que ha anclado a las comunidades en la formalidad jurídica, para tejer la política como una forma de vivir junto a lo no humano; estos momentos pasan por mirar las políticas de manejo ambiental, de la explotación de la megaminería, el manejo del agua y la distribución de las tierras.
3. Tejer cooperación; es comprender la comunidad como un tejido en permanente cambio, ponerlo en contacto de restaurar acciones conjuntas y mancomunadas en el trato con la naturaleza, la innovación y la tecnología, donde dicho trato se teja desde lo sagrado que implica el cuidar formas de vivir y de habitar el planeta Tierra, que potencialicen relaciones armónicas entre los seres menores –microorganismos- y los seres mayores –macroorganismos, o como bien lo dijera la bióloga Lynn Margulis(1995, p.17-18) que al referirse a la existencia de la vida anotaba como una de sus relaciones la holarquía: la reciprocidad entre los seres menos constitutivos de los seres mayores, acabando así



con la mirada jerárquica o de dominio que tanto ha prevalecido, por relaciones de reciprocidad.

En este punto, es necesario llamar la atención acerca de los tipos de cooperación internacional que ya se vienen asomando como ayuda al momento de la firma del acuerdo de paz. Dos cosas al respecto: de un lado la cooperación no puede ser admitida en los términos de ayuda económica, por cuanto se tendría la posibilidad de la injerencia de los intereses extranjeros, y dos, estos deben ser admitidos en términos de reciprocidad o de acompañamiento logístico en la ejecución de los proyectos pensados y administrados por las comunidades.

4. Tejer la colectividad de la tierra, comprender que la tierra, al ser algo vivo, es el eterno retorno de lo humano, es su hábitat fundamental, por ello se debe comprender que ella es ante todo fuerza terrígena (Deleuze y Guattari, 1994), que al emerger topológicamente solo les queda a las comunidades el saber habitarla éticamente, de tal forma que cada territorio sea potencializador de lo terrígeno. Aquí es donde el tema de lo ambiental y los tratados de libre comercio deben sufrir una fuerte injerencia de la comunidad, se debe permitir a las comunidades, en especial a las indígenas, el poder y a las comunidades académicas, el diseñar y proponer tecnologías que no acaben con la armonía entre lo humano, la naturaleza y la biosfera.
5. Tejer la fraternidad; comprendida como las relaciones de una convivencia por fuera de los parámetros del consumismo, donde el otro se cosifica y se convierte en medio para alcanzar fines

materiales, es retornar a la confianza que solo da el vivir en colectivo, el exponer en comunidad las opiniones, los pensamientos, para tener los espacios y oportunidades de ser coherentes con los mismos.

6. Tejer el cuidado de los saberes comunitarios; comprendidos como aquellas prácticas discursivas que al disponerse a escuchar a los otros saben devenir en multitud, en diversidad, para hacerse en lo cotidiano estilos de vida comprometidos con lo vital, con lo propio. Son saberes dispuestos para hacer prácticas de vida, retornar a lo común, a la opinión coherente de lo que se dice en los espacios colectivos con lo que se hace en los escenarios de lo íntimo, del encuentro consigo mismo.
7. Tejer las prácticas solidarias; comprenderlas como aquellos devenires de otros, donde el encuentro se teje no desde la utilidad, ni mucho menos desde el costo beneficio, sino de los lazos sinceros de la amistad por el pensamiento, donde se reconozca la capacidad de transformación que tienen los cuerpos comunitarios.
8. Tejer economías solidarias, comprendidas como aquellas puestas al servicio de la vida, que tengan como fundamento no las recetas impuestas por las macroeconomías de las grandes potencias, sino la vida, donde se entienda que la vida es una sola, que se come vida (Pachón, 2006) y no cosas, debe buscarse una armonía entre el ser humano, la naturaleza y lo cósmico. Se debe instalar como principio ético de producción el trabajo mancomunado, no la división de las tareas.



Todo lo anterior pasa igualmente por el ejercicio de deconstruir aquellas mentalidades instaladas en los desencantos de la modernidad, que para el caso colombiano se han expresado en tragedia y en la banalización de la vida misma.

1. Deconstruir aquel pensamiento dualista; comprendido como aquella, forma de conocer desde la división entre saberes que son objeto de conocimientos y saberes que a su vez son sujetos de conocer, en donde las comunidades siempre han ocupado el lugar de objetos pasivos para sufrir el embate de conocimientos únicos y veraces.
2. Deconstruir los paradigmas del progreso; comprendidos como aquellos modelos de desarrollismo cuyo centro de preocupación son los modelos técnico-científicos, previamente instalados en las dinámicas comunitarias para el usufructo de lo exterior, es decir, son propuestas exógenas dirigidas hacia el trabajo productivo.
3. Deconstruir las mentalidades de la escasez; comprendida como mentalidades que se educan desde la dependencia a las cosas materiales, a los productos del consumo, y que se creen en la necesidad de la carencia de aquellas cosas, a pesar de ser creadas por la comunidad.
4. Deconstruir las pasiones tristes; comprendidas como aquellas que luchan por el dominio y el control de lo otro, como lo diría el budismo son mentes de egos, dependientes de la necesidad de control en todo lo que les rodea.
5. Deconstruir el segregacionismo; comprendido como

aquellas formas de vivir comunitarias separados por el respeto a la etnia, al sexo, la religión y las creencias, materializadas en comunidades fragmentadas es decir, cada quién en lo suyo y con lo suyo, incrementándose las convivencias sospechosas y en prevención de la diferencia.

Referentes bibliográficos

- Deleuze, G y Guattari, F. (1994). Mil Mesetas. Valencia: Pre-Textos.
- Elizalde, A. (2003). Desarrollo humano y ética para la sustentabilidad. Santiago: Universidad Bolivariana, PNUMA.
- Esposito, R. (2009). Comunidad, Inmunidad y biopolítica. España: Herder.
- Estevan, G. (2009). Más allá del desarrollo: la buena vida. Revista América Latina en Movimiento (445).
- Foucault, M. (2009). El gobierno de sí y de los otros. México: Fondo de Cultura Económica.
- Max-Neef, M. (1986). La economía descalza. Buenos Aires: Nordan.
- Max-Neef, M. (1998). Desarrollo a escala humana. Barcelona: Nordan, Icaria.
- Pachón, S, D. (2006). Filosofía vitalista y economía solidaria. Bogotá: Produmedios